

Este nuevo trabajo de Yaki Setton se inserta en su obra para retomar y profundizar una zona ya explorada principalmente en *Niñas*. Pero a la vez, *El beso* también implica un ahondamiento en el gran abordaje de su autor: la palabra ante el vacío de lo indecible. Es que el amor, en su fase más carnal y espiritual, se convierte en un campo donde este antagonismo queda mayormente expuesto, y, probablemente, como ya se señala en el poema de apertura, no exista un mudo más hondo que el enamorado: *Con la devoción / del que es mudo pero habla / decimos palabras de amor / sin convocarlo.*

Se trata entonces de un decir y no de un llegar. La crisis de la voz no se concentrará en la imposibilidad o la pérdida de lo que nunca pudo asirse, sino en la conciencia siempre abierta y clara de estar resbalando en lo eterno. Es de este modo como *El beso* se presenta a los lectores: ni un puertal adentro del sujeto ni un recubrimiento de la amada y sus proyecciones sobre ésta. De pronto, aquello que parece un constante padecer por la irrealización del deseo se convierte en una fuente que, en su manar sin término, disfruta infinitamente de las formas que obtienen sus aguas.

Poema a poema la voz irá danzando a través de figuras, escenas, tópicos y sensaciones propias de su condición prendada y no se lamentará ni se ruborizará ante su estado: *Atado / al palo mayor de esta terraza / te observo pasar, querida, con tus / frágiles alas. Cantás muy suave, / endulzás el oído hasta que pierdo / la cordura. ¡Vida mía!, no tengo / nombre ni visión ni palabras y solo / tu boca pegada a mi oído me da / su aliento.*

Los cuarenta poemas que, divididos en dos partes, componen el libro parecen buscar sin culpa el florilegio, como si en ello se jugara la razón misma de la lengua: *Sabemos / qué decir pero no lo hacemos. / Así, las palabras ascienden / por estas enredaderas mientras / los cuerpos separados, laten. / Ellas crecen rápido, dan perfume, / flores, sombra.* Pero se trata de un florilegio de tangente, un florilegio totipotente como esas enredaderas en las que se transforma el lenguaje del que ama por el simple acto de amar, para despegarse de él y de su objeto deseado hasta encontrar la inesperada concisión de una forma: *(terciopelo mío, / te soplo al oído, / nunca mi boca ávida, / pausada y húmeda / podría apagarte).*

Surgen así las arborescencias que llevarán la voz hacia lugares diversos y lejanos del puerto prometido, esas ramificaciones azarosas por las cuales se aventura la voz: *Me abrazo / a este retoño de cerezo que sigue sin brotes / porque aún no sabe, crédulo, si será árbol. Yo le hablo, / le susurro tiernas palabras para que se sienta / estimado en su desnudez. Querido*

amigo, / ¿te regalarán los dioses de la primavera / algunas hojas, tímidas ramas, pequeñas flores? / La brisa del atardecer mueve despacio / tu incierta delgadez: nos hacemos compañía / en esta soledad del silencio, del frío y la oscuridad.

Llegando al final, el lector se sentirá extraviado: la llama de lo amoroso ya no arrojará su luz sobre los versos. Aparecerán en su lugar la distancia y el silencio, y la presencia de una carnalidad que cobrará vigor a través de molduras incorpóreas, como si la voz pudiese transportar esos arabescos a la música de la letra: *En tu voz está la belleza lúcida / del que escucha pero también / del que ve más allá.*

El beso, Yaki Setton

Bajo la luna, octubre 2018, 63 pág.